

La historia épica del dios Huitzilopochtli, quien nació vestido con su armadura y preparado para la guerra, está cantada en estas páginas.

Este libro ilustrado recrea la masacre perpetuada por el dios de la guerra en contra sus propios hermanos para defender a su madre.

Al abrirlo… tendrás la visión de un pueblo ancestral, extinto y maravilloso. Este mundo se mantiene vivo por medio de ecos de poetas anhelantes de hablar con sus ancestros.

Pablo Ricardo Silva Guadarrama

Huitzilopochtli

GUERRA ETERNA

Editorial Vulpes

Pablo Ricardo Silva Guadarrama

Huitzilopochtli
Guerra eterna

Pablo Ricardo Silva Guadarrama

Huitzilopochtli
Guerra eterna

Título: Huitzilopochtli. Guerra eterna
Autor e ilustraciones:
Pablo Ricardo Silva Guadarrama
Publicado por: Independently Published
ISBN: 9798730939370
Editado por: Editorial Vulpes



A mi madre

Prólogo

Han pasado quinientos años de la caída de Tenochtitlan en 1521, la cual significó el final de una cultura, de una forma de pensar y vivir. Es fácil preguntarse: ¿Qué queda de los aztecas actualmente? La respuesta es impresionante: pirámides, comida, mitología, palabras utilizadas por todas las lenguas, códices, etc. Todo esto es prueba de que esta civilización contaba con creaciones tecnológicas a la par de la griega y egipcia, concebidas como base de las sociedades occidentales.

Se suele decir que el libro llegó a América, en específico Nueva España en el año de 1539, pero lo único que arribó fue la imprenta. Ya que, tras la prueba de carbono, *El códice Maya de México*, el más antiguo descubierto, está datado en el año 1021. Esto significa que las culturas mesoamericanas contaban con códices antiquísimos, incluso algunos eran usa-

dos para la gente común. Y su lengua escrita era pictográfica: las imágenes estaban asociadas a sílabas. Estas imágenes se unían en una compleja composición de la hoja para producir el orden adecuado de las palabras. Era una lectura de símbolos y lograron producir conceptos complejos.

La belleza del lenguaje radica en la expresión poética. Y ésta marcó diversas generaciones y regiones mesoamericanas. Como ejemplo, durante el asedio a la ciudad de Tenochtitlan, en sus últimos momentos, diversos informantes mexicas redactaron poemas sobre su caída. El tono lírico de este poema, como años antes en los del rey Nezahualcóyotl, tienden a representar el sufrimiento por la situación actual «yo lírico» y combinarla con reflexiones existenciales del paso del hombre por este mundo.

Este libro quiere conmemorar quinientos años por la caída de Tenochtitlan, y mil años de poesía dibujada para aquellos que quieren encontrar palabras y significado en sus símbolos. De esta manera inspirar a la siguiente generación para seguir investigando, como lo hicieron los pobladores de la Nueva España, y después del actual México, por diversas personalidades de toda índole: desde Fray Bernardino de Sahagún hasta Miguel León Portilla.

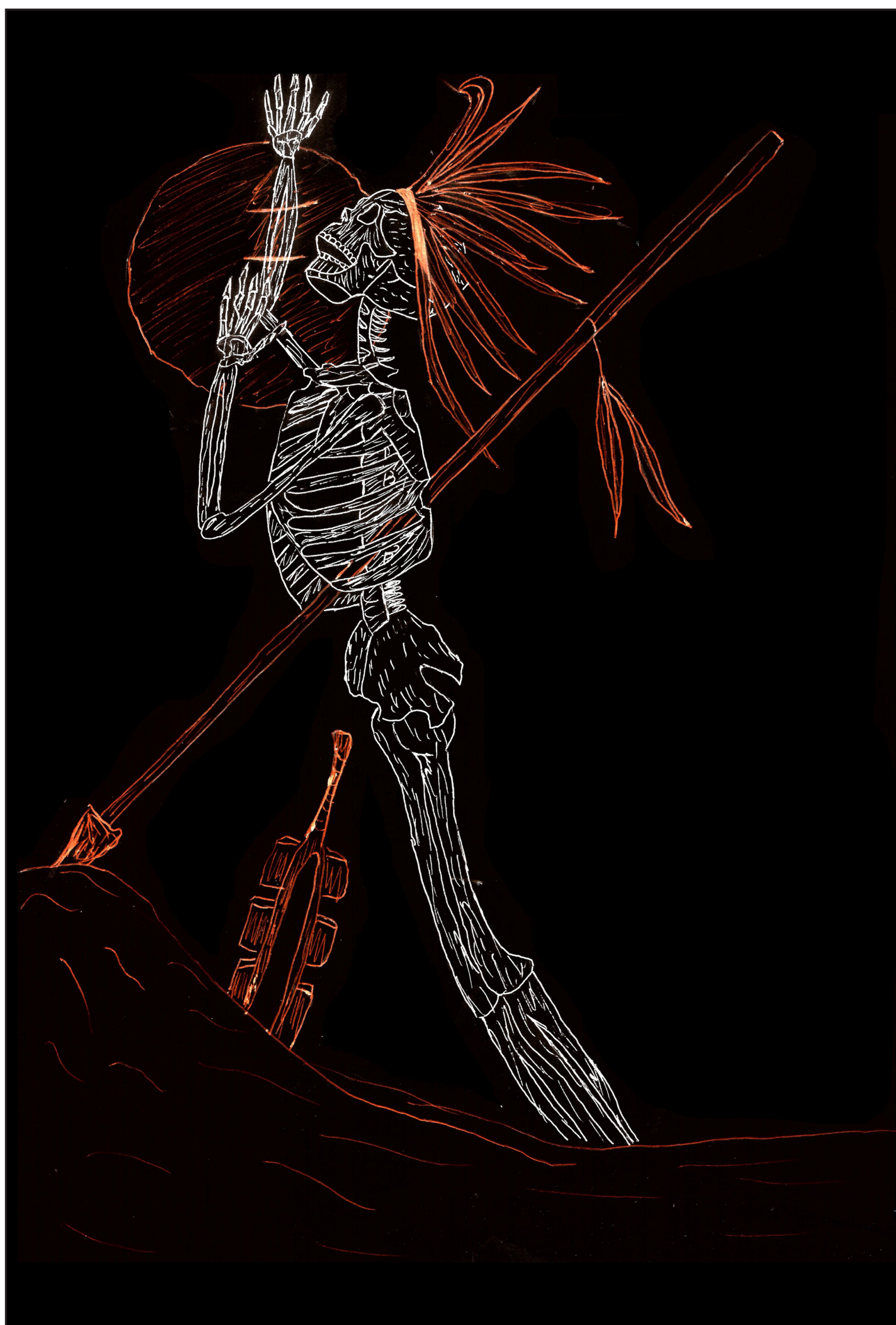
«¿Adónde vamos?, ¡oh, amigos! Luego ¿fue verdad?
Ya abandonan la ciudad de México:
el humo se está levantando; la niebla se está extendiendo...»

—*Cantares mexicanos*, anónimo.

«Como una pintura
nos iremos borrando.
Como una flor,
nos iremos secando
aquí sobre la tierra.»

—Nezahualcóyotl

Centzon Huitznáhuac





Reúno toda la fuerza de mi voz,
mientras me humillo derrotado
ante el ocaso.

Es mi noche, la afrenta a nuestra madre,
y es mi madre, la aurora de mis días.

Esta lastimada divinidad yace aquí
olvidada y sin nombre por su pueblo.

Mi hermano pequeño, un infante,
un prodigio que nadie pidió,
desvanece estas palabras
pronunciadas con rabia y temor,
mientras aniquila a nuestro ejército.

Ya nada importa y mi cabeza recrea
el pasado.

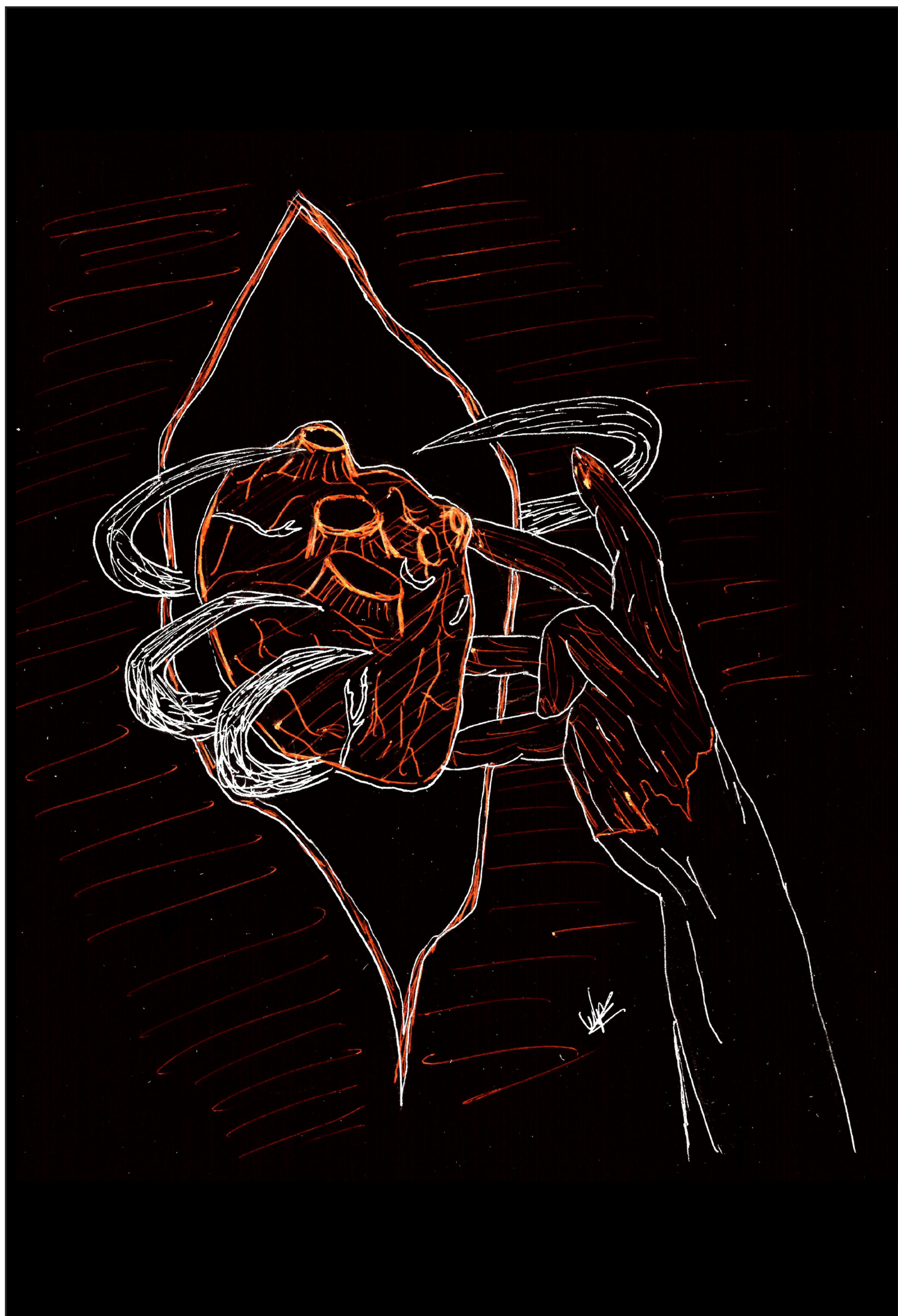


Coatlicue

II

Madre, recuerdo tu caricia indestructible,
el poderoso abrazo de tus miles de serpientes,
la potencia andante que destruye montes.

Me enseñaste todo: el universo,
el valor de la tierra, la ofrenda,
y el porqué la muerte es necesaria
para que la vida suceda: «Ambas fuerzas
se balancean, porque la existencia misma
significa reafirmarse,
por eso el zorro mata al conejo,
el sol muere y renace cada día,
la muerte traga a los muertos,
los funde y recrea en otras vidas:
así el campo más bello es aquel
donde hubo una batalla»



Todos tus hijos te amamos
y el amor más ciego es el más enfermo y peligroso…

¿Eso es amor? Creo que no.
El amor perdona, apoya y crea.

Y nosotros deseábamos tu muerte,
pena y destrucción.

¿Qué propósito era?
Limpiar el honor.

Magnánima madre, durante tu penitencia
al limpiar el templo cayeron las más bellas
plumas del mundo, un regalo sólo para ti.
Hedonista por su admiración las aproximaste
a tu vientre; eran calidas, tranquilas y deleituosas.

Ahora lo entiendo:
fue virtud, no vicio, ni pecado,
el nacimiento del hijo bastardo.



Huitzilopochtli

III

¿Por qué no lo entendimos?
¿Qué nos hizo ciegos?
Si su existencia fuera aceptada,
no necesitaría reafirmación
y, por lo tanto, no habría para ello
que darnos muerte y darse vida.

Por ello nos cazó y tragó como presas:
él fue el águila con el alcance preciso
que utilizó el viento céfiro a su favor
para llevarnos en un segundo al invierno.

Y fue la serpiente reptante y silenciosa
que ataca con su veneno paciente a nuestros
desnudas piernas en el plácido páramo.

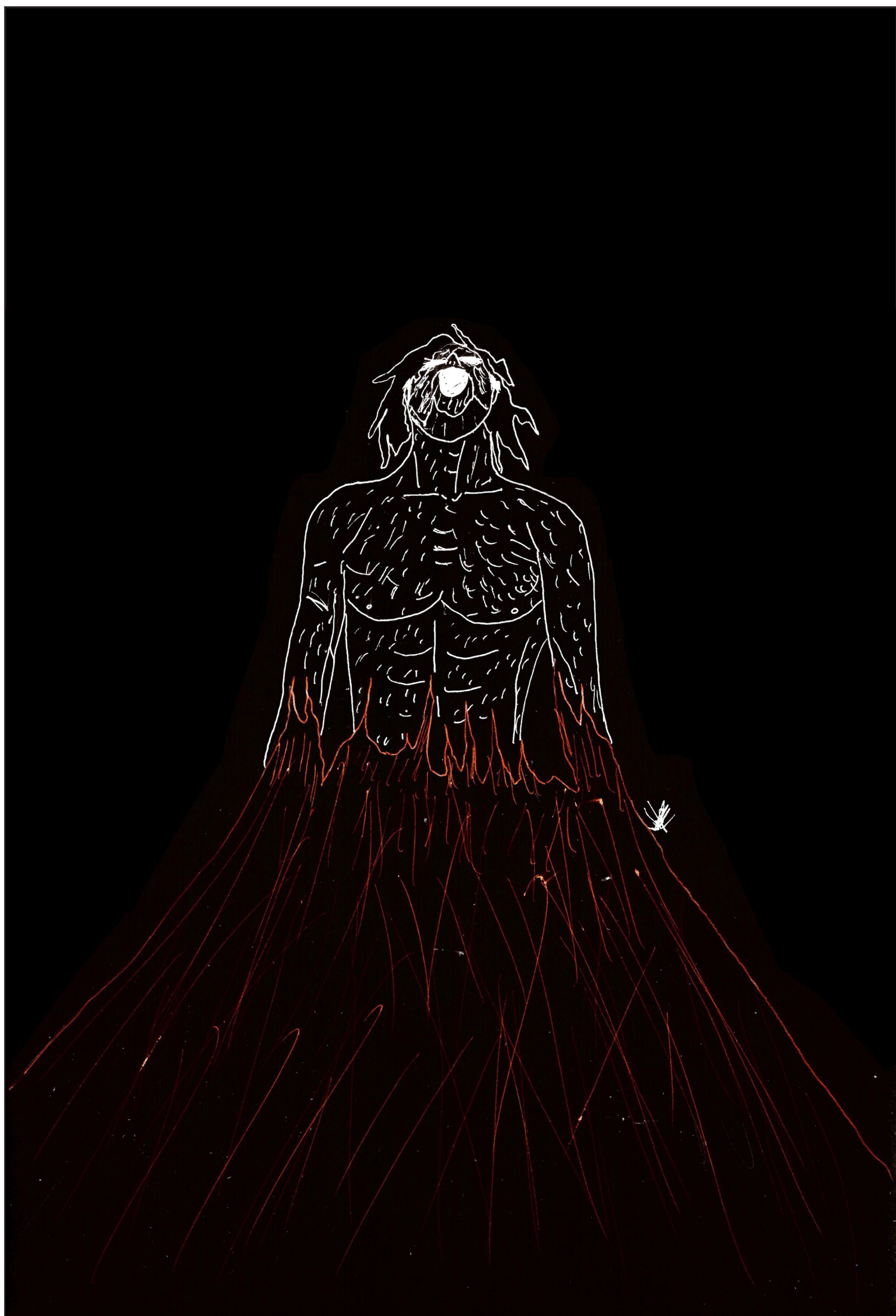


IV

Sólo importaba su innata habilidad para matar
y proteger a nuestra madre,
¿eso es amor?

Había algo más, porque tanto poder…
¡pudo detenernos, pudo convencernos!

Nuestra madre fue su excusa,
la excusa de su victoria.
Madre, ¿no lo ves? ¡No es perfecto!



No lo perdono,
como no perdono
el odio que sentí hacia ti:
esa intolerancia
y la ceguera con nuestra familia,
con nuestra sangre.

Y todo por conceptos irreales,
por fantasías del lenguaje:
pureza, perfección...
Esas obscenidades
son terribles en las manos de los tontos.



Coyolxauhqui

Por eso somos dioses sin nombre,
perdidos,
utilizados por nuestra hermana,
la más ofendida de entre nosotros.

Ella tomó de las entrañas de la tierra
la obsidiana y el pedernal.
Entonces, nos arregló como niños
con ropas de guerra.
Y se transformó en nuestra nueva madre;
nos enseñó cosas nuevas...

Nos hacía sentir que en el odio revelábamos
la verdad, pero nos ponía una venda que tapaba el rostro
y nos hacía marchar orgullosos y sin miedo
a nuestra muerte.

«Fanáticos», así se les dice, ese es nuestro nombre.
No estábamos para servir a un propósito mayor,
era ignorancia y falta de criterio.



Centzon Huitznáhuac



¡Oh, hermana! He olvidados tus palabras,
como me olvidé de mí mismo.
Tus órdenes eran mi vida… ¡Tristes últimos días!
Pude oler, anhelar, construir, crear...
Pude ser el dios de mi propio destino,
mas me determiné en seguir a ciegos pasos de dioses.

Cuahuitlíac





Hermano, oigo tu voz.

No has nacido
y ya temo
de tu ávida sed de muerte
para estas cuatrocientas espadas
de obsidiana
que marchamos hacia ti.

¿Cómo puedes saber la duda de mi corazón?
¿Qué méritos tienes, nonato?
¿Cómo me muestras el futuro próximo?

Me inclino ante tu escalofriante divinidad…
muéstrame tu plan,
porque yo te apoyaré siempre.



Cuahuitlicac

Necesitarás saber nuestro avance;
te lo daré.

Dime, ¿cómo vencerás?
¿Qué fuerzas ocultas?

Quita la inquietud de este fiel aliado
y cuando lo hagas; perdona mis ofensas.

No hay suficiente tiempo…



Tonatiuh

II

¡Atento y concentrado;
ya eres un soldado…!

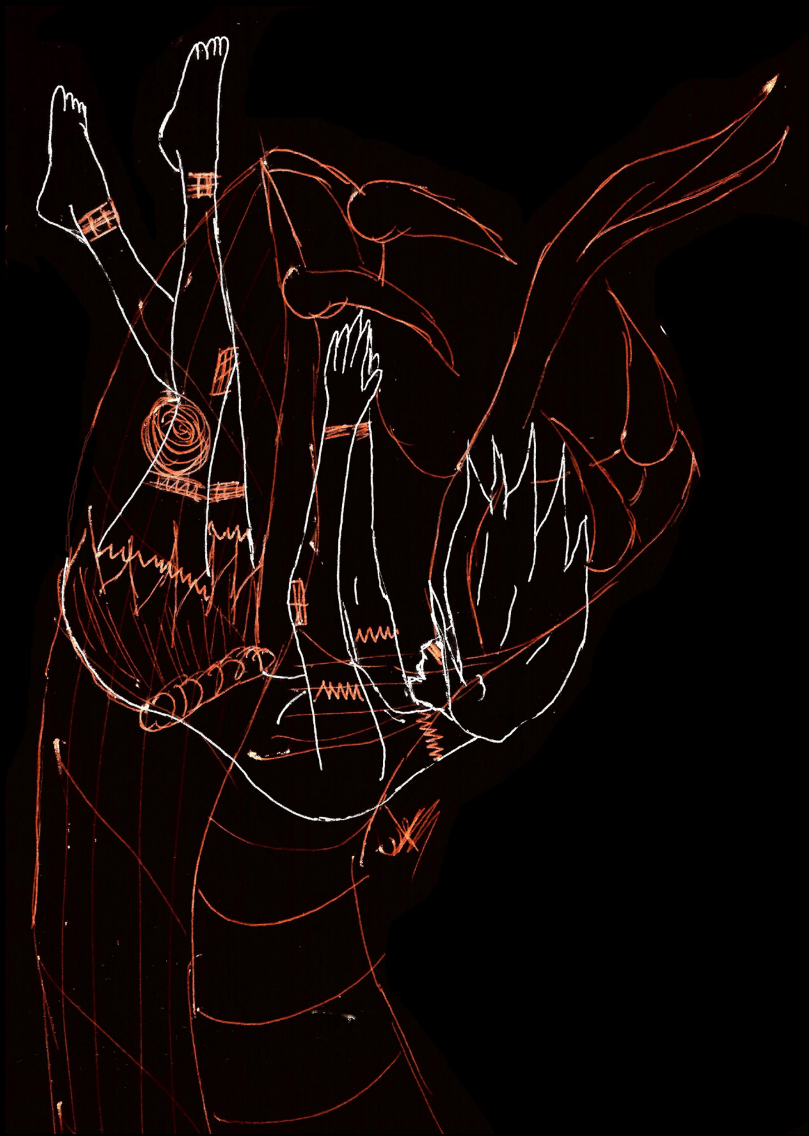
Yo soy un ejército,
pues mi padre es el dios
que sacrificó su vida en la hoguera
y renació en el sol,
el quinto sol creado por los dioses,
único en el cielo, perfecto
e indestructible…
Dos serpientes de fuego cargan
su trono y siguen la ruta del tiempo.

Tomaré una sepirte
y la usaré como arma
para calcinar a mis hermanos.



Lucharán
y sus magníficos cuerpos
serán terremotos en la montaña,
mi espada hará surcos
en sus cráneos,
y su tórax sonará a la tormenta
en alta mar.

Cada corazón será mi trofeo
y jamás pediré menos que eso…



Humillaré a nuestra hermana,
la más fuerte:
sus palabras pronunciadas
contra mí serán mudas;
tomaré su cuello y la dejaré admirarme;
cortaré sus manos y probaré su sangre;
cercenaré su cabeza
y rodará a los pies del mundo.
Cada noche mi madre podrá verla,
en lo alto, brillante...
Será la luna, representante
de su derrota al terminar el día.

Coatlicue



I

Mi voraz hambre de ajenas vidas.

Demando tu existencia entre mis fauces
para perpetuar la estabilidad de tus pies.
Todo se mueve.

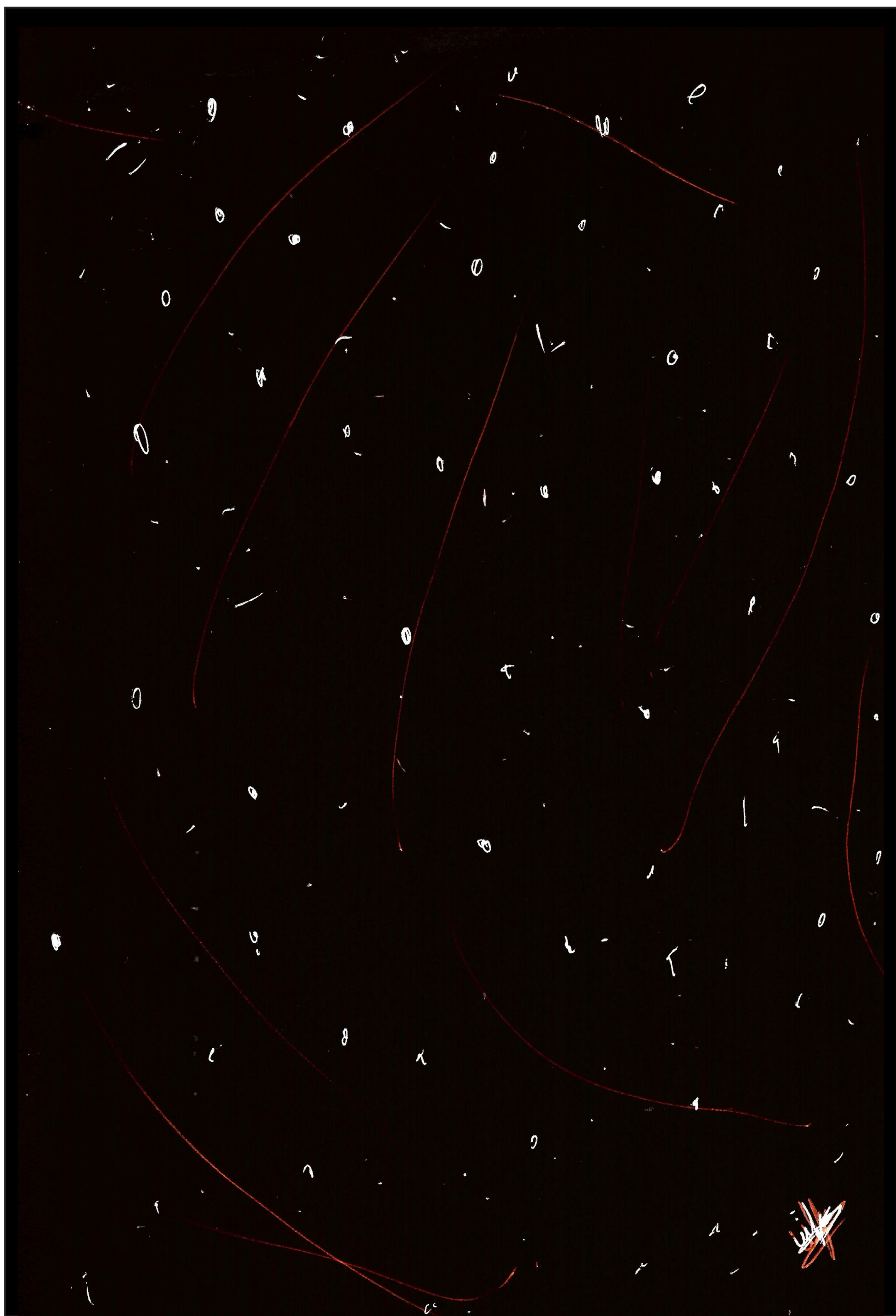
¿Crees que el mundo seguirá ahí para tí?

Tal poder sólo es conferido a los dioses,
porque nosotros perpetuamos la acción.

Nada es gratis y demandamos sacrificio:
corazones, cuerpos y sangre.

El orden y el movimiento son contradictorios.
La realidad es cambiante, todo muere
y la vida es la hermosa prueba de esto.
Sin la existencia, la muerte no tendría sentido.

Respiro y es la razón de mi ansia:
soy el mundo, la tierra,
la madre de todos,
el apetito
y la vida.

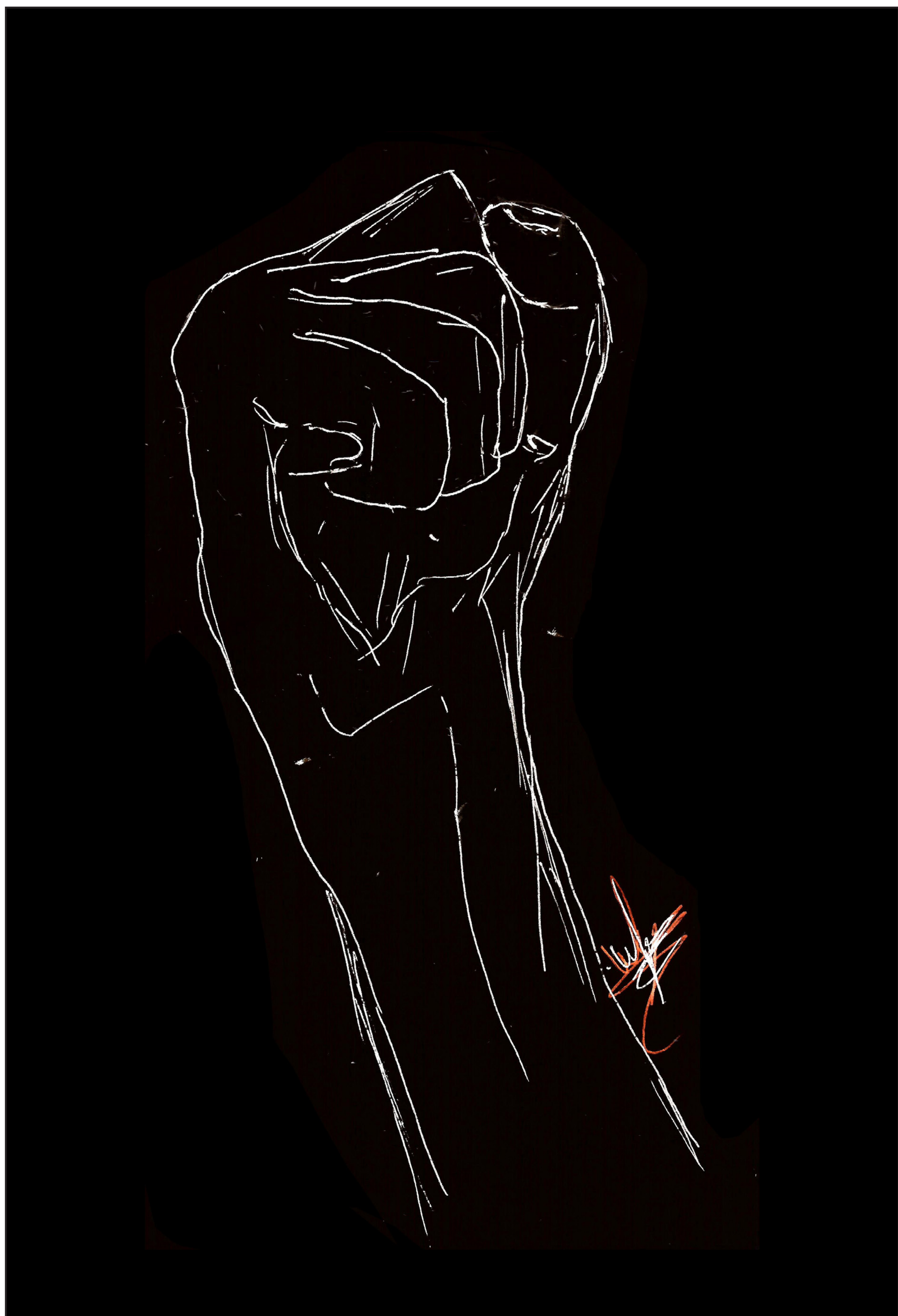


II

Mis hijos se matarán.

Veré caer sus sueños y esperanzas.
Sus muertes cobrarán sentido en la existencia
del firmamento, porque ahora serán estrellas.

Existen durante la noche y mueren al nacer el sol.
La victoria del hijo del sol permanecerá
en todos los corazones,
hasta que la existencia
misma termine.





Cada día es una colosal batalla,
una donde no hay lujos de descanso.

Mañana puede no existir…

Lucha, devora, traga, vive, existe.
Grita entre montañas para que el eco
regrese a tí, así sabrás que estás vivo.

Epílogo



Hermano,
maldigo tu causa: «Dirigirás a un pueblo
que llegará a la grandeza al someter
a sus iguales. Pero llegarán otros
que vencerán a los tuyos,
y serás humillado.

Será tu ruina, la ruina de los soles,
de nuestra lengua y de tu vida como dios.
Jamás recobrarás la fuerza, ni tendrás pueblo,
ni altares.

El tiempo te cubrirá de tierra. Y cuando nadie
te recuerde; volverás a ser mi hermano.»